

Quinto Domingo de Pascua A2023

El Evangelio de hoy comienza con una invitación muy sencilla de nuestro Señor: “No pierdan la paz. Si creen en Dios, creen también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones. Si no fuera así, yo se lo habría dicho a ustedes, porque voy a prepararles un lugar. Cuando me vaya y les prepare un sitio, volveré y los llevaré conmigo, para que donde yo esté, estén también ustedes.”

Estas son una de las palabras más consoladoras y tranquilizadoras que encontramos en el Evangelio. Están llenas de esperanza, optimismo y anticipación. Nos dan fuerza y coraje para vivir en este mundo sin preocupaciones, sabiendo bien que sea que sea nuestra situación social, mientras creamos en Jesús, nuestro futuro está asegurado; tenemos un lugar en la casa de su Padre.

Esta no es una casa construida por un ingeniero o arquitecto humano, sino por Dios mismo, el mejor de los ingenieros y el mejor de los arquitectos. Esta es una casa perfecta, donde uno está en casa. Nuestras casas humanas no tienen nada comparable a esa casa. A veces, un fuerte viento o una tormenta pueden destruir el techo de una hermosa casa. A veces, una lluvia puede dañar a una casa bien construida. Pero para este, tal cosa no sucederá.

Entendemos por qué este Evangelio se usa a menudo para la Misa funeral para confesar la certeza de que dejamos una casa destruyible en la tierra para vivir en una casa indestructible. Este Evangelio suscita en nosotros el anhelo de la casa del Señor. Qué maravilloso podríamos pasar el resto de nuestra vida en una casa así donde nuestro anfitrión es Dios mismo. Aquí, incluso una persona sin hogar tiene un hogar. ¡Qué consuelo! ¡Qué grande puede ser esto!

Jesús, el Hijo engendrado del Padre es la piedra angular de este edificio. Nosotros, sus discípulos, somos como piedras vivas, un pueblo que Dios reclama como suyo, y una nación consagrada. Cristo, nuestra piedra angular, nos mantiene unidos para que ofrezcamos a su Padre sacrificios espirituales. Estos consisten en una vida santa e intachable, llena de obras de amor, paz y alegría hacia nuestros semejantes. Cada uno de nosotros está llamado a disponerse a ser edificado como casa espiritual, para ser un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo.

El Señor resucitado, que está en el Padre y el Padre en él, es el arquitecto de esta casa. Como un arquitecto, nuestro Señor tiene en su mano herramientas de trabajo entre las que se encuentra la regla triangular. Cada ángulo de su triángulo tiene un nombre: camino, verdad y vida. Cuando Jesús construye la casa en la que quiere que habitemos con él, la hace de tal manera que la dirección hacia ella es clara, la certeza de tenerla es indudable y el fin para el cual tomamos posesión de ella está asegurado. Entonces, puede decir: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”. La imitación de Cristo explica la afirmación de Jesús al decir: “Sin camino no se puede ir; sin la verdad, no hay saber; y sin la vida, no hay vida.”

Nuestro Señor se llama a sí mismo el “Camino” porque él es la dirección más segura hacia Dios. Él vino de Dios y nos puede llevar a su Padre Celestial. Permaneciendo en comunión con él tenemos acceso al Padre. Si aceptamos seguirlo, nunca nos

perderemos, sino que él nos conducirá al propósito para el cual hemos sido creados, es decir, nuestra salvación eterna.

Seguir el Camino de nuestro Señor es convertirse en una persona cuyo ser entero refleje la Verdad y la Vida que es Jesús. Es también ser una persona totalmente identificada con la visión y los valores de Jesús.

Nuestro Señor es la Verdad porque es el único que nos introduce en la realidad de Dios. Solo él puede decir: "Yo soy la verdad". Todas las demás personas pueden decir te dije la verdad, pero solo Jesús puede decir: "Yo soy la verdad". Él es la verdad porque es la personificación de la verdad y conocerlo es conocer la verdad. Él nos enseña que Dios es un Padre amoroso y misericordioso. Nuestro Señor es la Verdad porque ha dado testimonio de la Verdad en su pasión, demostrando con su Vida y muerte cómo Dios es amor. Nuestro Señor es la Verdad porque es la personificación de la Palabra de Dios.

Buscar la verdad fuera de él es tropezar, caer y hundirse en la falsedad y la mentira. Entonces, podemos entender lo que dice el salmo 86: "Enséñame tus caminos, oh Señor, y caminaré en tu verdad".

Nuestro Señor es Vida porque tiene Vida Eterna en sí mismo. Él es el resucitado que estuvo muerto y que ahora vive eternamente. Vivir sin nuestro Señor es quitarle a nuestra vida un bien importante que le da sentido. No se vive sólo por lo visible, sino por los valores eternos. Conocerlo es verdaderamente vivir y una vida sin él no es vida en absoluto.

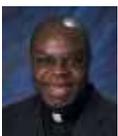
Nuestro Señor es quien nos da su Espíritu Santo vivificante. Nuestro Señor es vida porque nos permite participar de la vida de Dios a través de los Sacramentos. Resucitó de entre los muertos para darnos vida eterna y hacernos plenamente vivos. Su Espíritu anima cada momento de nuestra vida para que estemos plenamente vivos en Dios.

Nuestro Señor es el camino, la verdad y la vida porque el Padre está en él y él está en el Padre. Verlo es ver al Padre; escucharlo es escuchar al Padre y obedecerlo es obedecer al Padre que lo envió y cuyo poder actúa en él. Por eso, nadie puede venir al Padre sino a través de él. Sólo nuestro Señor es el camino a Dios. Sólo en él vemos cómo es Dios; y solo él puede llevarnos a la presencia de Dios.

¿Qué pasará, entonces, con los musulmanes, los budistas, los sintoístas y los hinduistas? Ese es el secreto del Padre que no debemos preocuparnos por conocer. A cada uno de nosotros se requiere ser humilde y confesar nuestra ignorancia en cuanto al secreto del Padre. Una cosa que no debemos dejar de hacer es agradecer a nuestro Señor que nos ha permitido conocerlo y creer en él.

Pidamos al Señor que nos bendiga para que lleguemos a conocerlo y su reino crezca en nosotros. Oremos también por todos nuestros diáconos para que sirvan a nuestro Señor al servir a sus hermanos y hermanas con dedicación y devoción. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Hechos 6: 1-7; 1 Pedro 2: 4-9; Juan 14: 1-12



Fecha de la Homilía: el 07 de Mayo, 2023
© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20230507homilia.pdf